

minotauro

URSULA K. LE GUIN

LAS TUMBAS DE ATUAN
HISTORIAS DE TERRAMAR 2



URSULA K. LE GUIN

LAS TUMBAS DE ATUAN

minotauro

1

La Devorada

Un corno alto chilló y calló. Luego, en el silencio, se oyó un rumor de pasos acompasados, y un tambor que redoblaba con golpes lentos como un corazón. En las grietas del techo del Palacio del Trono, y en las hendiduras entre las columnas donde se había desplomado toda una porción de mampostería y tejas, brillaban los rayos oblicuos de un sol vacilante. Era una hora después del alba. El aire flotaba tranquilo y frío. Las hojas muertas de los hierbajos, que habían crecido entre las losas de mármol, tenían un borde de escarcha, y crepitaban, adhiriéndose a las largas vestiduras negras de las sacerdotisas.

Avanzaban de cuatro en cuatro por el amplio salón, entre las dobles hileras de columnas. El tambor golpeaba monótono. Nadie hablaba, nadie miraba. Las antorchas que llevaban las jóvenes vestidas de negro, ardían bajo los rayos del sol con una luz propia que parecía avivarse en los intervalos de penumbra. Afuera, en las escalinatas del Palacio del Trono estaban los hombres: guardias, trompeteros, tambo-

rileros; solo las mujeres habían cruzado las grandes puertas, vestidas de oscuro y encapuchadas, caminando lentamente de cuatro en cuatro hacia el trono vacío.

Dos de ellas, altas e imponentes en sus vestiduras negras, una enjuta y rígida, corpulenta la otra, avanzaban balanceándose sobre las plantas de los pies. Entre ambas iba una niña de unos seis años. Vestía una camisa blanca y recta. Tenía la cabeza, los brazos y las piernas desnudos, y estaba descalza. Parecía pequeñísima. Al pie de las gradas que conducían al trono, donde ya aguardaban las otras en filas sombrías, las dos mujeres se detuvieron. Empujaron a la niña para que se adelantara unos pasos.

El trono, en su elevada plataforma, parecía estar guarnecido a uno y otro lado por unas colgaduras negras que bajaban de las tinieblas del techo; no se alcanzaba a ver si eran cortinajes o solo sombras más oscuras. El enorme trono también era negro, con apagados reflejos de oro o piedras preciosas en los brazos y el respaldo. Sentado allí, un hombre hubiera parecido un enano; no era un trono de dimensiones humanas. Y estaba vacío. Nada se sentaba en él sino las sombras.

Sola, la niña subió cuatro de los siete escalones de mármol vetado de rojo. Eran tan anchos y tan altos que ella tenía que poner los dos pies en cada peldaño antes de pasar al siguiente. En el del medio, frente al trono, había un gran bloque de madera ahuecado en la cara superior. La niña se arrodilló y metió la cabeza en el hueco, doblándola ligeramente a un lado. Y así permaneció, inmóvil.

De pronto, de entre las sombras a la diestra del trono salió una figura ceñida en una túnica blanca, y descendió por los escalones hasta la niña. Llevaba el rostro pintado de blanco; empuñaba una espada larga, de acero bruñido. Sin decir una palabra, sin titubeos, alzó la espada, que sostenía con ambas manos, sobre el cuello de la pequeña. El tambor dejó de redoblar.

Cuando la hoja de la espada se alzó en un arco y se detuvo apuntando el techo, una figura vestida de negro irrumpió por el ala izquierda del trono, bajó de un salto los escalones y detuvo los brazos del ejecutor con unos brazos más delgados. La espada afilada centelleó en el aire. Así permanecieron un instante, como danzarinas en equilibrio, la figura blanca y la negra, ambas sin rostro, sobre la niña inmóvil, que esperaba con los cabellos apartados y la nuca al descubierto.

En silencio, las dos figuras se separaron de un salto y volvieron a subir los escalones, desvaneciéndose en las tinieblas detrás del trono. Una sacerdotisa se adelantó y derramó sobre los peldaños el líquido de un cuenco, junto a la niña arrodillada. En la penumbra de la sala la mancha oscura parecía negra.

La niña se puso de pie y descendió con dificultad los cuatro escalones. Cuando estuvo abajo, las dos sacerdotisas altas la vistieron con una túnica, una capucha y un mantón negros, y la pusieron otra vez de cara a las gradas, la mancha oscura y el trono.

—¡Que los Sin Nombre contemplan a la niña que se les entrega, en verdad la única que ha nacido

sin nombre! ¡Que acepten la vida y los años de la vida de esta niña hasta que le llegue la muerte, que también les pertenece! ¡Que acepten esta ofrenda! ¡Que ella sea devorada!

Otras voces respondieron, ásperas y estridentes como trompetas:

—¡Devorada! ¡Devorada!

Bajo el negro capuz, la niña seguía mirando el trono. El polvo empañaba las joyas de los enormes brazos ganchudos y del respaldo tallado, cubierto de telarañas y manchas blancuzcas de excrementos de búho. Ningún mortal había hollado nunca los tres últimos escalones, encima de aquel donde se había arrodillado la niña. Había tanto polvo que los escalones parecían un montículo de tierra, con los mármoles de vetas rojas sepultados bajo las capas grises, inertes e intactas después de tantos años, de tantos siglos.

—¡Devorada! ¡Devorada!

De repente volvió a oírse el tambor, ahora a un ritmo más vivo.

En silencio y arrastrando los pies, la procesión se alejó del trono hacia el este, hacia el lejano y brillante rectángulo del portal. A ambos lados, las macizas columnas dobles, como las pantorrillas de unas enormes piernas pálidas, se elevaban hasta las tinieblas del techo. Entre las sacerdotisas, y toda de negro ahora como ellas, caminaba la niña, pisando solemnemente con los piecitos descalzos las hierbas escarchadas y las piedras heladas. Cuando la luz oblicua del sol que se colaba entre las ruinas del techo centelló en su camino, ella no alzó los ojos.

Los guardias abrieron de par en par las puertas y la negra procesión salió a la luz pálida y fría y al viento del amanecer. El sol ennegrecedor navegaba sobre la inmensidad del levante. La luz amarilla se reflejaba en las montañas del oeste y en la fachada del Palacio del Trono. Los demás edificios, más abajo en la colina, todavía estaban envueltos en sombras purpúreas, excepto el Templo de los Dioses Hermanos, situado al otro lado del camino sobre una loma pequeña; en el techo recién dorado brillaba todo el esplendor del día. La negra hilera de las sacerdotisas, siempre de cuatro en cuatro, serpenteaba descendiendo la colina de las Tumbas, y en un cierto momento empezaron a entonar un canto dulce. Era una melodía de solo tres notas, en la que se repetía una y otra vez una palabra tan antigua que ya no tenía significado, como un mojón todavía en pie junto a una carretera desaparecida. Una y otra vez entonaban aquella palabra hueca. Durante todo aquel día de la Resurrección de la sacerdotisa se oyó el apagado coro de las voces de las mujeres, una especie de zumbido ronco e inacabable.

La pequeña fue llevada de sitio en sitio, de un templo a otro.

En uno le pusieron sal en la lengua; en otro tuvo que arrodillarse de cara al oeste mientras le cortaban el pelo y la untaban con óleos y vinagre aromático; en otro se tendió de bruces sobre la losa de mármol negro que había detrás del altar, mientras unas voces agudas cantaban un lamento por los muertos. Ni ella ni ninguna de las sacerdotisas comió ni bebió durante todo aquel día. Cuando el lucero vespertino se puso, la acostaron desnuda entre

unas mantas de piel de cordero, en una alcoba donde nunca había dormido antes. La casa había estado cerrada durante años, hasta ese día. Era un cuarto más alto que largo, sin ventanas, y había en él un olor rancio, estancado y marchito. Las silenciosas mujeres la dejaron allí, en la oscuridad.

La niña quedó tendida e inmóvil, esperando un largo rato en la misma posición, con los ojos muy abiertos.

Vio una luz que temblaba en el muro alto. Alguien se acercaba con pasos sigilosos por el corredor, resguardando con la mano una vela de junco, de modo que no daba más luz que una luciérnaga. Un ronco susurro:

—Eh, ¿estás aquí, Tenar?

La niña no respondió.

Una cabeza asomó por el vano, una cabeza extraña, calva como una patata pelada y del mismo color amarillento. Los ojos eran como los ojos de las patatas, pardos y diminutos. La nariz parecía minúscula entre las anchas mejillas achatadas, y la boca era una ranura sin labios. La niña contempló aquel rostro sin moverse, con ojos oscuros y fijos.

—Eh, Tenar, mi pequeño panal de miel, ¿estabas aquí!

La voz era ronca, aguda como la de una mujer, pero no una voz de mujer.

—Yo no tendría que estar aquí, mi sitio está afuera, en el pórtico, que es adonde voy ahora. Pero necesitaba ver cómo estaba mi pequeña Tenar después de este día tan largo. Eh, ¿cómo está mi pequeño panal de miel?

Silencioso y fornido, el hombre avanzó hacia la niña y extendió la mano como para alisarle los cabellos.

—Yo ya no soy Tenar —le dijo la niña, alzando los ojos.

La mano se detuvo y él no la tocó.

—No —asintió al cabo de un momento, susurrando—. Lo sé, lo sé. Ahora eres la pequeña Devorada. Pero yo...

Ella no dijo nada.

—Ha sido un día pesado para una pequeña como tú —dijo el hombre, arrastrando los pies por el suelo, con la diminuta llama parpadeando en la mano grande y amarilla.

—Tú no deberías estar en esta casa, Manan.

—No. No. Ya lo sé. Yo no debería estar en esta casa. En fin, buenas noches, pequeña... Buenas noches.

La niña no dijo nada. Despacio, Manan dio media vuelta y se marchó. El tenue resplandor se extinguió en los altos muros de la celda. La niña, que ya no tenía otro nombre que el de Arha, la Devorada, siguió tendida, mirando con fijeza la oscuridad.